

Optimismo y Pesimismo

Por el Lic. René BARRAGAN, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional.

“Como cada clima favorece el auge de ciertas especies, cada época es propicia a modos de pensar semejantes, que a veces coinciden en mentes distintas, unas egregias, otras sólo discretas, pero distantes y sin ninguna relación expresa entre sí”.

Marañón

SER optimista o pesimista, se ha dicho, depende del temperamento individual. Ciertamente. Pero al decir esto se olvida que además del factor individual hay un factor social, que hasta ahora no ha sido estudiado. Hay épocas que favorecen el florecimiento del optimismo, otras el del pesimismo. Hay ambientes sociales de uno u otro signo que en gran parte orientan a los espíritus individuales. Para la consideración general de un momento histórico determinado, basta con señalar la tendencia dominante, soslayando las excepciones individuales que pueda haber.

Se abre ante nuestros ojos un fértil campo de investigación: la sociología de las actitudes vitales, que está por hacerse. Presento a continuación algunas reflexiones sobre este tema, tan singularmente atractivo.

* * *

Optimismo y pesimismo, como formas de concebir la vida y de actuar en ella, suelen presentarse en la historia en forma genérica, abarcando ya una clase,

un pueblo o toda una etapa. En las edades precisas, unidas, con plena orientación, predomina el optimismo; por el contrario, en los tiempos de decadencia, anarquía y desorientación, predomina el pesimismo.

El optimismo, como forma general del pensamiento, evidencia la plenitud de una época; el pesimismo, la decadencia y la inminente transformación. El optimismo es flor de apogeo y constituye la más alta manifestación de un ciclo histórico que culmina; es la exaltación de una vida que se sabe a sí misma potente y fecunda y que aspira cada instante a superarse. El pesimismo, en cambio, es fardo que empuja a una época a su completa desaparición; es producto de un régimen que ya vivió y que involuciona caminando a su ruina final. Optimismo y pesimismo son corrientes que se destacan fácilmente en la historia y que dan a los tiempos mucho de su fisonomía propia.

¿Cuál es la causa de estas profundas corrientes históricas? La encontramos posiblemente en la doctrina de J. Huizinga (en su obra "El Otoño de la Edad Media"), quien dice: "Toda época suspira por un mundo mejor. Cuanto más profunda es la desesperación causada por el caótico presente, tanto más íntimo es este suspirar". Es quizás esta constante inconformidad del hombre con la vida, la que constituye el motor de la historia. Y el optimismo, o quiere transformar el mundo para mejorarlo —optimismo constructivo— o trata de poner la vida, idealizándola, al nivel de un mundo considerado inmejorable —optimismo contemplativo. El pesimismo, o renuncia totalmente a la realización de todo ideal encerrándose en sí mismo —pesimismo indiferente— o acepta una alegría falsa, estrepitosa y voluntariamente inconsciente —pesimismo frívolo.

Cuando se cree firmemente en el progreso, cuando se quiere hacer un mundo mejor, cuando se tienen metas para la acción cotidiana, brilla el optimismo constructivo. Se parte de una base: la existencia es fundamentalmente mala o buena, pero siempre susceptible de mejoramiento.

En tiempos místicos, cuando los hombres sienten en cada rincón de la realidad la huella magnífica de una mano sabia, divina y eterna, se siente la inmensa alegría de la admiración del orden cósmico. Entonces, cuando surge el optimismo contemplativo, ya no se pretende mejorar las condiciones del mundo externo, y toda acción es principalmente interiorista, tendiente a exaltar la propia individualidad hasta llegar a vibrar dentro del orden universal inmutable y perenne.

En cambio, cuando el presente es tormentoso y el porvenir incierto, adviene el pesimismo. No se quiere saber nada del mundo y la realidad, hay un hondo anhelo de silencio, de vacío. La muerte, como aniquilación total, llega a desearse como un bien, o en un último esfuerzo de aferrarse a la vida, se añora intensamente todo tiempo pasado. Tal es el pesimismo indiferente.

Empero, no todas las almas resisten este pesimismo duro y sombrío. Hay otro pesimismo frívolo, la frivolidad. En él se busca cubrir la amarga tristeza que trata de apoderarse de los corazones, con el estrépito de una alegría artificial y arrolladora, un tanto morbosa. Se quiere ver la existencia, no como es, sino como se ve a través del risueño cristal de los placeres efímeros.

Es cierto que razas y pueblos tienen predisposiciones naturales para una u otra manera de entender la vida, pero al menos en Occidente estas actitudes se limitan históricamente y constituyen parte esencial de las épocas. Así, la Antigüedad clásica es eminentemente constructiva; tiene la preocupación fundamental de lo bello, y trata constantemente de embellecerlo todo. Viene la decadencia del Imperio Romano y la indiferencia y la frivolidad se enseñorean de las almas. Luego la Edad Media trae, con su gran contemplación de Dios, un profundo júbilo. Al fin de la Edad Media, al decaer la religión, vuelve el pesimismo en sus dos formas, indiferencia y frivolidad. La Edad Moderna, con enorme entusiasmo, se aplica a la tarea de una transformación total, que se prolonga hasta nuestros días. Sin embargo, ya declina la fe en el progreso y una vez más asoma en el horizonte la tendencia a rehuir las realidades presentes y a temer el porvenir. La nueva guerra, que se inicia con una terrorífica capacidad de destrucción y un desprecio total por la cultura y la vida, tendrá que acentuar necesariamente la tendencia pesimista. Optimismo y pesimismo entran en la categoría de hechos históricos.